

ESCENAS CON GEISHA EN SALÓN DE BAILE

*Her beauty and accomplishments only invited jealousy,
Her death was hastened by baseless slander.*

TAO SUEH-CHIN, siglo XVIII

—¿Geishas?

—Es una manera elegante de describir la situación. Jim B. se enamoró locamente de una de ellas. Un amor no correspondido. Cuenta que por unos cuantos meses se metió en una depresión de manicomio. Se dedicó a beber y a sentirse como una víctima. Pasó días tirado en su cama y sólo escuchaba la radio dejándose envolver en la voz melodiosa del locutor y en el silencio pesado de la noche.

—Esto es chisme, puro cotilleo.

Matiné de sábados y domingos en aquel o cualquier espacio que sirva para el baile es siempre una experiencia deslumbrante. La amalgama de razas que se mueven de dos en dos, al ritmo sincopado de cuatros, sietes o dieciseises o en tiempos suaves o acelerados, es algo para ver y contar:

—Jim B. conoció a Kikuto en un *nightclub*. Ella, como tantas otras, llegó a la ciudad con el propósito de estudiar inglés.

—Me parece normal llegarse hasta acá...

—No te das cuenta de que los estudios de idioma son la excusa clásica para entrar al país. En realidad, se trata de una red de *comfort women*. Imágenes del Japón moderno.

—¡No te lo puedo creer! ¿Qué sucede con las mujeres de aquí?

—Nada que ver. La agenda nuestra es más directa, más agresiva. Esas mujeres llegan adiestradas por maestras sabias en la insinuación, el camuflaje, la reserva y el secreto. No hay que olvidar que están educadas en el arte de hacer sentir bien a la pareja. Son seductoras, sensuales y capaces de celebrar una noche erótica con un *nice* caballero que tenga mucho, mucho *cash*. Comienzan en el servicio de los tragos y los aperitivos, les encienden los cigarros, ellos se relajan y se sienten sexualmente estimulados porque una mujer joven y atractiva atiende sus caprichos. Es un Nirvana.

And in vain her faithful Prince mourns.

TAO SUEH-CHIN, siglo XVIII

Una vez por semana tomaban el ascensor juntas o separadas, cinco minutos antes o cinco minutos después, pero más o menos a la misma hora coincidían en el café de la esquina. El primer tema que comentaban era siempre el intenso ejercicio del baile o la complejidad o sencillez de los pasos aprendidos.

De ahí se pasaba al estudio de los parejos, cuántos se habían hecho la cirugía plástica, cuántos casados, cuántos divorciados, cuántos matrimonios rotos, para finalizar con el comentario en torno a los músicos más guapos y los bailarines más ágiles.

—Lo que me cuentas pertenece a un guion de cine.

—Estás equivocada. La película se está filmando, efectivamente, pero con nosotras adentro. Somos parte del repertorio.

Entre sorbos de café y bocanadas de sándwiches, quedaron suspendidas en el horizonte de las paredes blancas repletas de anaqueles y neveras con aguas Perrier, aguas Fiji, aguas Saratoga Springs, aguas Pellegrino y *green teas*, *antioxidants teas*, *well-being teas*, *sleeping teas*, junto a cajitas de galletitas Olde English. Hoy hacía un frío intenso. Los pocos transeúntes se movían con paso rápido y por los vidrios del café se podía ver a unos trabajadores que picoteaban la piedra de la acera de enfrente. Con un gran martillo de acero o con un picador eléctrico desmoronaban el concreto. Un hombre blanco, corto de estatura, con un *jacket* marrón, acaba de cruzar el café.

—Es Jim B.

—¡Qué coincidencia!

La conversación se intensificó ahora y nuevamente en torno a los parejos. Comentaban sobre los que

tenían miradas de drogado, los de dedos velludos, los pavoneados, los tipos cirróticos, los de mal aliento, los *dandys* y *bon vivants*, los de caras de falsarios y los que poseían una sonrisa clínica como cortados con una navaja. Todos en busca de Lolitas en medio de la pista. El conversatorio giraba ahora en torno al cuerpo y el ritmo, el tacto y el olor, cómo balancearse sin dar un paso en falso y cómo dejar que la cabeza y el cuello caigan junto a la del parejo en un eje triangular sin que este se sienta perturbado. Todo en un movimiento circular hacia el fondo y hacia adelante para transformarse en puente de lo desconocido y dibujar la figura de un círculo o una espiral. No es un espacio cuadrado como insisten estos maestrillos de acá. Hay que enfrentarse como un felino poderoso con la punta de sus dedos al movimiento redondo, consonante y acentuado de este baile. Tu cuerpo, aunque cubierto de telas y accesorios, ahora se presenta desnudo. Bailar, dijo Sábato, es un rito casi religioso y cada paso responde a un propósito. A través de este ritmo inesperado, accidentado, imprevisto, impetuoso y sorpresivo se le sacuden los fantasmas a la gente y se producen nuevos encuentros y desencuentros. Es la incipiente y vertiginosa pasión humana que no cesa. Es el prelude a la seducción, pero es la seducción, el *allure* y la atracción con luz taimada de fondo. La Dickinson escribió: “I reckon — when I count at all —/ First — Poets — Then the Sun —”. No, no la poesía, pero es como si lo fuera. Los bailarines construyen metáforas en el aire, alusiones que los compositores capturan en

el oxígeno. Los bailaores, tangueros, *swingers*, balboas, salseros, *afro-cubans*, merengueros, *hip-hop*, raperos, *reggaes*, *soka*, reguetoneros y *jazz dancers* componen una gran espiral y esa espiral es lo que instiga, convierte, calma y latiga la ciudad. Se bailan historias, mi historia principalmente, porque todos pensamos que la historia personal es la más definitoria. El desajuste, el rencor, la angustia, la soledad, la tristeza, la frustración, el descontento, la rabia: todo se baila, porque el baile conlleva un gran compromiso de tan sólo dos o tres minutos, un compromiso que de forma invariable altera la rotación de la Tierra de una manera profana.

—Y... ¿por qué no? Me parece el lugar perfecto para encontrar ese tipo de hombres.

Oh, please, forgive me all these tears...

JUNICHIRO TANIZAKI

En un apartamento cualquiera ya casi anochece y se puede notar la brillante luz de las velas perfumadas, el ramo de flores en la mesa y el incienso quemado que flota en el aire; además, se pueden escuchar algunos ruidos en la cocina. El dueño prepara la cena. Han tocado la puerta. Es Kikuto, que llega abrigada en blanco hasta los tobillos y con unos *stilettos* del mismo color. Ahora, sin apuro o empujones, se despoja del abrigo y aparece su cuerpo desnudo. El olor del romero y el deseo, las flores y la pasión, el incienso y el apetito ya se ha instalado majestuoso y prominente en aquel lugar.

—Lo único que se me ocurre preguntar es por qué Kikuto le entra a la carne vieja.

—Cuando yo tenía esa edad, disfruté muchísimo con unos cuantos viejos.

—Y, ahora, ¿no te sientes hambrienta?

—Ahora también, pero de carne joven.

Kikuto, con su rica cabellera larga y su pequeña figura romántica, prepara un baño de sales. El pelo reluciente, saludable y brillante es lo que más fascina al dueño de la casa, mucho más que su cuerpecito incipiente. Su pelo ahora cae en los pezones de este y le provoca cosquillitas. Kikuto ha prometido llamar a una compañera para que en la próxima cita se efectúe una reunión más amplia. A decir verdad...

—It's me. I need another girl for next week: same day, same time and place.

Kikuto, con su piel blanquísima y luminosa y ya sin decir palabra, fue abrazada, como se abraza a una diosa en algún ritual antiguo. Nada se daba precipitadamente aquella noche, todo movimiento era medido y armonizado y él se sentía absolutamente domesticado y a disposición de aquel ser divino. Su cuerpo se sentía particularmente ligero y ágil a pesar del tiempo, y Kikuto alzaba los brazos para ofrecer su pecho tibio, liso, como un rozagante niño a punto de acurrucarse ante su padre. Un pensamiento fugaz lo trajo a la realidad.

- When did you arrive to this city?
 —Six months ago.
 —What did you do there?
 —I worked in clubs as a waitress.
 —Does a waitress earn much?
 —Yes. In one night I could do one or two thousands...
 —What kind of clubs?
 —The usuals.
 —Where are they located?
 —You are asking too many questions, but I will respond, because you are the sweetest. I worked in a trendy club in the district of Kabukicho. A lot of men and women of all ages come to have drinks and casual sex.
 —How did you ended in that sort of business?
 —I had a little debt.
 —What kind of debt? Are you a consumer?
 —You can call it that way.

El hombre interrumpió la conversación y de un impulso agarró uno de los pequeños senos de aquella mujer para soltarlo en el acto. Un montón de recortes del *Village Voice* con anuncios de *escorts services* se encuentra apilado en una mesita de noche junto a una botella abierta de *whisky*. Tomó un vaso chato y ancho, lo llenó de licor y se lo tragó de un buche. Cariñosa y servil con aires de yo no fui, Kikuto pasó sus manos suavemente por el cuello y los hombros, las orejas y la boca de aquel señor. Daba masajes al cuello que bajan a la espalda en movimientos mínimos y

lentos, casi imperceptibles, para de ahí arrastrar sus dos montañas a las nalgas todavía musculosas y aún redondas de este hombre. Su cuerpo se tuerce bruscamente y Kikuto queda de frente al miembro ya engordado. El hombre se lo mete en la boca y Kikuto muerde suavemente, sin hacerle daño, más bien acaricia con la lengua y saborea y traga el puré de albaricoques. De esta manera, el hombre se adormece a la misma vez que arde de entusiasmo, lo que le produce unos intensos escalofríos en la espalda. El hombre pide más y más y Kikuto lo complace. Le toma las bolas con ambas manitas mientras desciende una de ellas hasta llegar al culo para introducirle dos dedos suavemente y, después de unos segundos largos, sacarlos y empujarle un largo collar de cuentas. Una-a-una. El hombre ya no puede con tanto éxtasis y queda amarrado a Kikuto con la misma fórmula con que una hechicera amarra a su víctima. El miembro se le expande aún más y en un arrebatado de un tirón eleva a Kikuto por los aires hasta ponerla frente a él. Ahora abre la vulvita pequeñita y discreta. Kikuto, con la boca hinchada y salivosa y ya muy excitada, insiste en seguir agarrada al miembro, pero el hombre no se lo permite, la abre en dos mitades para meter su centro... El hombre ya apacible descansa al lado de Kikuto mientras le ofrece todo tipo de recompensas:

—I want you to live with me.

—Thank you, but no.

—Fine. Do you want a separate apartment?
I can provide for that. Also, do you want me to
bail you out of your debt?

—You are very kind.

—Do you understand that I love you?

Kikuto sonríe y ahora se pasea desnuda por la casa; el hombre busca con la vista aquel cuerpo, mientras extiende una mano hacia sus pantalones tirados en algún punto. Sale finalmente de la cama y saca un monte de dinero de uno de los bolsillos para depositarlos en las manos ya lavadas y perfumadas de Kikuto. La siempre atenta, cariñosa y amable Kikuto le prepara y sirve frutas en una bandeja. De inmediato, le sirve más *whisky* y se van a la cama como dos tortolitos.  Y la cena? Se han olvidado de aquellas ollas tapadas y olorosas a romero y del horno que fustiga el gas para transformar la masa en pan. Kikuto acurrucada al lado como una gati a maltratada se ha quedado dormida. Han pasado más de dos horas y Kikuto, ya despierta, comienza a impacientarse; a pesar del momento de descanso, estaba exhausta, pero, ante todo, aburrada. Es hora de marcharse. El hombre se irrita, se impacienta, intenta seducirla, pero ella, cabeza, neurona y memoria, ya está fuera de aquel lugar.  l insiste pero Kikuto ya se acomoda el abrigo y los *stilettos* decorados con *rhinestones* de colores traslúcidos. Controlables agujas f licas abiertas a otros juegos, a otras seducciones. Abre la puerta de salida y ya no se le vio más.

—¿Qué me dices? ¿Desapareció?

—Pudo haber regresado a Tokio.

El hombre llama una y otra vez al club. Tiene que ser ella, insistía. Pagaré lo que sea. Puede venir acompañada, dijo en varias ocasiones, pero a quien quiero es a Kikuto. Jim B., igual que ese hombre, se desesperó, sentía que la perdía, que no tenía control alguno sobre ella. Para colmo también había desaparecido de los salones de baile. En verano le pareció haberla visto de espalda montada en un tren. Era una chica asiática con rasgos similares a Kikuto, en unos *jeans* con cintura baja casi rozando la partitura del fondillo y un pañuelo de seda amarrado al cuello y a la espalda, con ambos pezones al aire. No iba sola... Y una noche, de la nada, se produjo la tan ansiada llamada:

—It's me, Kikuto. I have a problem.

—What kind of problem?

—I have something in there...

—Where?

—Downthere.

—Did you go to the doctor?

—Yes. The guy that I was with took me to a public clinic. Everyone treat you very nice in that place.

—A public clinic? Is he insane? I will pay for you to go to a private doctor.

—Thank you, thank you, thank you.

—I always will be here for you.

La dificultad que tienen ciertos hombres maduros es que asumen el papel de papás, lo que provoca una extraordinaria pasión. Una joven a quien cuidar y proteger de otras manos varoniles, una joven a la que pueden temprar, moldear y dejarla madurar al ritmo que a ellos les dé la gana. A esta joven se le lleva a las tiendas y se le deja escoger ropa y joyas al gusto, para luego llevársela a la cama y quitarle todo ese ropaje. Se le enseñan los más profundos secretos del amor y se le deja retozar entonces con el cuerpo ya maduro, escamoso y arrugado y con el látigo puntiagudo, el cual procede a abrir todos los túneles delicados que ella posee.

—Ciertamente, tiene su encanto, digo yo, ese tipo de vida. Sólo hay que preocuparse por mantenerse bonita, en buena forma y estar indudablemente disponible.

—No olvidemos que se trata de una transacción comercial.

—Es fácil olvidarse.

Son las tres de la mañana y Kikuto camina sola a través de las calles húmedas y diminutas y las sombras que la poca luz de los faroles eléctricos refleja. En un segundo piso, un hombre sentado en la ventana de su cuarto miraba nada en específico y todo en absoluto. Las pisadas de Kikuto son lo suficientemente poderosas como para que este se interese en esa figura de huesos pequeños, delgada, con un abrigo Alberta Ferreti de piel de zorra

blanca y unos *stiletos* de cinco pulgadas de largo decorados con cristales de la India que pasó frente a él hasta que se alejó en el horizonte. El pelo reluciente, lacio y fino parecía que podía derretirse entre sus manos.